

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00
Extranjero 3'00

AUTONOMÍAS BURGUESAS

Como consecuencia de una demanda de autonomía hecha por los plutócratas y sus lacayos los políticos de Cataluña al poder central, se planteó otra crisis. ¿Cuántas ya en poco tiempo? El oficio de gobernante, esa triste profesión que ningún hombre íntegro ejercería sin menoscabo de su integridad, a pesar de ser cómodo y poco propicio a quebraderos de cabeza, vese transformando ahora en accidentado, aunque también divertido para los que hacemos de espectadores.

Al Gobierno caído, no gallardamente como diría algún gacetero pronto a la genuflexión, sino grotescamente, como caen siempre los gobiernos, lo ha sustituido otro tan mediocre como el ido; tan incapaz como cualquier otro gobierno, como todos, en absoluto, los gobiernos. Forman parte de él, entre otras figuras del retablo político, el *sociólogo* Argenté y el *federal* Salvatella como nuevos elementos ministeriales. Un poco sonrientes, un poco burlescos, asistimos al desarrollo de la banal, anodina comedia. El problema de la autonomía de Cataluña, que es ahora lo que más preocupa a la vulgar opinión pública, acaso nos reserve acontecimientos, que den aún más motivo a la sonrisa, a la irónica burla...

¿Qué es, en fin de cuentas, eso de la autonomía, que tanto parece apasionar a los políticos, gentes que se sabe son incapaces de sentir ninguna pasión de esta naturaleza? En una sociedad libre, la autonomía lo sería todo. En una sociedad burguesa, no es, no puede ser nada. La primera condición de la autonomía, ya sea ésta individual o colectiva, es la libertad. El pueblo catalán, la totalidad del pueblo catalán, ¿será libre cuando sus políticos y sus plutócratas hayan alcanzado esa autonomía que demandan?

¿No será la primacía de ser tiranos de su propio pueblo lo que ventilen en esta cuestión los grandes negociantes catalanes, tan sordidos y tan materializados y tan reaccionarios como todos los negociantes, sean de donde fueren?

Se observa un extraño fenómeno en las relaciones comerciales de los que tienen al mundo entero en sus manos. Mientras que, por una parte, se unen con sus congéneres de todos los países para obtener así más redondas y prontas ganancias, por otra, quieren dividir políticamente a los países, creando pequeñas nacionalidades, echando a volar la especie aquella de que los pueblos deben gobernarse a sí mismos. Es decir: económicamente, o sea en cuestión de intereses, son internacionalistas; políticamente, cada uno quiere tiranizar a los suyos. Nos vemos forzados a reducir hasta esta simplicidad el problema, porque así es en realidad. Buscar idealismos, o sentimentalismos en estos prosaicos y un tanto groseros debates de la baja política, sería inútil tarea. Ciertamente que apelan los burgueses, los comerciantes y los banqueros, tan zafios y tan utilitarios, en el feo sentido de la frase, a las palabras sonoras y amables y cordiales para encabezar sus postulados de feos y reaccionarios finalidades. Los pueblos, a veces, se deslumbran con el brillo de estas palabras y les siguen y les ayudan. Después, se dan cuenta de que han roto una cadena pero que, al mismo tiempo, han fabricado otra quizá más odiosa que la primera. ¡Si se dieran cuenta también de que con el mismo esfuerzo podían romperlas todas!

¡La autonomía de los pueblos! Muy bien. Pero para que realmente sean autónomos los pueblos, han de serlo antes los individuos. ¿Serían libres los individuos después de que Cataluña fuese autónoma, o más todavía, si llegara el caso de que fuese independiente? No, rotundamente. Quizá el pueblo catalán habría dado un salto hacia atrás, en lo que a libertades se refiere, que es el punto de vista esencial desde el cual deben juzgarse estas cuestiones.

Si concedida la autonomía, Cataluña ha

de seguir dependiendo, en cierto modo, del poder central, ¿qué se ha ventilado en el cambio? Nada que no sean intereses de la burguesía. Si concedida o ganada la independencia, Cataluña crea su Estado, su gobierno propio, el pueblo que trabaja y produce y piensa ¿qué habrá adelantado? Se habrá quitado de encima la amenaza de un poder central absorbente y odioso, pero habrá creado otro poder propio tan absorbente y tan odioso, si no lo es más, como aquel de que se ha liberado. Nada en fin de cuentas. Perder el tiempo en cosas secundarias, haciendo olvidar al pueblo, con ellas, las cuestiones primordiales.

Supongamos que Cataluña, que todas las regiones españolas consiguen ser autónomas, independientes, dentro, por de contado, del régimen burgués, más o menos democrático, que preconizan los partidarios de esa autonomía e independencia. Los individuos, ¿serán por eso autónomos e independientes? ¿Serán libres?

Los pueblos no serán libres, ni autónomos, ni independientes, mientras no lo sean los individuos. Como la autonomía que demandan los burgueses, los plutócratas, los comerciantes y los políticos de Cataluña, va encaminada a una mayor esclavitud de los que producen, no puede merecer la simpatía de ningún hombre partidario de la libertad de los individuos y de los pueblos; no puede llamarse a esa finalidad de reacción que persiguen los bombres funestos del capitalismo, autonomía. Llámesele nueva forma de la tiranía, que es su propio, su verdadero nombre. Esos mismos políticos, comerciantes, plutócratas y burgueses, cuando se trata de sus negocios, de sus ganancias, de la extensión de los productos de sus industrias, no reconocen fronteras; se unen con sus adinerados de todo el mundo para oponerse a las corrientes de ideas que puedan poner en peligro sus sordidos cálculos.

En cambio, cuando se ventila la cuestión política, todos son partidarios de las pequeñas nacionalidades, de crear una frontera en cada pueblo, y un gobierno en cada aldea. No quieren que esté lejana la amenaza del poder y de la autoridad; desean y trabajan y se esfuerzan por conseguir la supremacía del despotismo y de la tiranía que dimanar de todo gobierno.

Aunque las condiciones geográficas, etnográficas, raciales y lingüísticas señalen bien marcadamente la existencia propia de los pueblos, cuando se ven estos argumentos en boca de los que viven de esclavizarlos, lo menos que puede hacerse, es ponerse en guardia; aguarda a los individuos de esos pueblos, al acecho, algo que vendrá a coartar sus libertades, si algunas tienen.

Obsérvese al través del tiempo, que siempre que los grandes países cimentados en ficticias bases se han alzado empujados por el deseo de ser libres, se ha desenterrado esta vieja cuestión de las pequeñas nacionalidades. Se dijera que adrede se había puesto sobre la superficie este problema, como un obstáculo a la libertad que los pueblos querían conquistar...

El ejemplo más reciente, es el de Austria. Una revolución que, acaso hubiera terminado liberando realmente a los diversos pueblos que componían el derrocado imperio, ha sido desviada por los distintos nacionalismos de etiqueta puramente burguesa. Las pequeñas nacionalidades, no se han liberado.

En España empezaba a notarse cierto descontento; cuando este descontento, ¿No pudieran ser estos ruidos del nacionalismo reaccionario, un mutuo acuerdo entre todos los burgueses, entre todos los plutócratas, entre los políticos del país, para desviar hacia pequeños fines el fruto de ese descontento?

Un día llegará en que todos los pueblos sean íntegramente autónomos, plenamente

independientes, completamente libres: el día que lo sean los individuos, es decir, el día que sea en la tierra una sociedad anarquista. Entonces vivirán los pueblos y los hombres su vida propia, sus costumbres propias, su manera de ser propia; entonces tendrán la plena independencia, la plena autonomía, la plena libertad. Mientras no sea en el mundo la Anarquía, la riente sociedad que la Anarquía preconiza, desconfianza de esos postulados insinceros de independencia y autonomía que se defienden como panaceas de liberación en los momentos que, en los países, surge, como consecuencia del desbarajuste de arriba, la protesta de abajo.

Comunismo de las ideas

Las ideas no son una mercancía que se acapare por ningún individuo ni grupo de individuos. Ellas son, más que otra cosa alguna, un producto de la intelectualidad humana, y difícil, muy difícil, es saber, si no imposible, qué ideas pertenecen a tal pensador, y cuales a tal otro, porque no hay un pensador que no haya hurgado en el acopio del saber, que otro pensador anterior a la humanidad legara.

Y así como los creadores de las ideas no pueden decir ésta es mía, puesto que, en tésis general, tenemos que reconocer, que todo el saber de la presente generación se debe al saber de las generaciones pasadas, así tampoco los asimiladores pueden decir: «nosotros somos los únicos depositarios de tal o cual idea», porque las ideas flotan en todos los ambientes, están en todas las bibliotecas, expónense en todas las tribunas, viajan en todos los libros, y ni hay fronteras que puedan conlenerlas, ni individuos o grupos que puedan controlarlas.

Las ideas, como el calor o el frío, si vale el símil, vñense infiltrando más o menos insensiblemente en el cuerpo social, según la intensidad y el acierto de la propaganda, del mismo modo que el frío y el calor se sienten más o menos, según las regiones en que nos situemos.

Pero nadie es capaz de poder juzgar a nadie, sobre el punto hasta el cual sienten el influjo de las ideas, si ya no es que el hombre, por su quietismo o por sus actos, demuestra la clase de ideas que profesa o que no profesa ninguna; porque es esto algo que corresponde a lo recóndito de las conciencias, en las que nadie puede escurrir, sin peligro de caer en error.

O. K.

NOTAS AL MARGEN

El mote de moda

Hasta hace algunos meses, por lo que respecta a España, nos habíamos conformado con dividir en tres fracciones el nombre genérico del socialismo, a saber: Socialismo autoritario, socialismo anarquista y sindicalismo. Hubo unas rachas de individualismo... teórico, pero pasaron con rapidez y sin causar mayores males entre los que luchamos contra el capital desde esas tres diferentes posiciones. La moda del individualismo no cuajó en España, y convenció a los que la trajeron no eran estas tierras las más apropiadas para el cultivo del yo, a costa y con menoscabo y anulación de todos los tus de que se compone la colectividad.

Pero esta misma colectividad, nos referimos a la que produce y lucha por su emancipación, que tomó a chacota a los individualistas enraige y se rió en sus propias barbas del mote o apodo con que los pseudos discípulos de Nietzsche y Max Stirner se presentaban en el terreno ideológico, esa colectividad, decimos, tiene hoy también un mote propio como los individualistas de antaño; hoy no basta con llamarse socialista, libertario o sindicalista; hay que usar también el remoque de bolchevista, aunque muchos de los que lo usan no sepan con qué se come eso. ¿Se denomina así a los revolucionarios rusos? Pues, aquí, que cada quisque lleva una revolución en la sesera, no hay que ser menos que los exubérntos de Nicolás; si ellos se llaman o les llaman bolchevistas, nosotros, traduciendo la palabreja a nuestro antojo, también nos lo llamamos; y a quien no se lo llama *motu propio*, se lo llaman los otros, venga o no venga a cuento.

Y lo peor es eso; que a uno le pongan un mote que no le gusta, como suele ocurrir casi siempre. ¿Quién de nosotros no

se lió a mamporros en la escuela porque le rebautizaron con un apodo? También a estas horas, las burguesas, que en punto a poner notes se llevan la palma, en cuanto un obrero chilló un poco, le llaman bolchevista, y no hay trompadas como en la escuela, porque al calificado de tal, le parece un elogio, por haber leído u oído la palabra centenares de veces; y el burgués que creía haber lanzado el peor de los apóstrofes, se encuentra conque el interesado lo contesta en son de chunga:

¿Conque bolchevista, eh? ¡Y a mucha honra!

Esto en el terreno individual, que en lo que atañe al aspecto colectivo, se publica por ahí cada periódico y andan sueltos tantos articulistas y conferenciantes, propiados los unos, y al servicio los otros de la burguesía, que al llamar bolchevista a tal o cual entidad obrera, les guían las peores intenciones; para ellos la palabra es una delación; una entidad o un grupo que se denomine bolchevista, atenderán tarde o temprano contra el orden social; y ahí están la prensa burguesa y sus redactores y colaboradores, para velar por el orden y cubrir como periodistas y como soñolones.

Pero nos ponemos serios y no vale la pena; ¿No ha sido el señor Aguiló quien ha dicho en la Audiencia que los 75.000 individuos adheridos a la Confederación Regional son bolchevistas? No suponemos en el acusador privado de Brabo Portillo malas intenciones; pero si pensamos que al colocarles el mote de moda a esos 75.000 federados, ha sufrido error. ¿75.000 bolchevistas en España? ¿Está seguro el señor Aguiló de que esto es una Rusia en miniatura? ¿Cree el ilustre abogado que esos 75.000 del ala... izquierda del socialismo saben todos de qué se les habla? Habrá excepciones, claro está, como las hay en todo; no hay regla sin excepción, ni federación que no cuente con media docena de individuos que no sepan lo que ocurre por el mundo; pero no porque esa media docena, o veinte, o cien, o los que sean, saben lo que se traen dentro de la Confederación, se ha de suponer que todos los confederados están al corriente de lo que pasa por esos mundos de Wilson y compañía.

Si el señor Aguiló hubiera dicho que 75.000 hombres se hacían responsables de lo denunciado por la *Soli*, no habría nada que objetar; esto habría sido un argumento de fuerza contra el adversario; decir que son bolchevistas los que aceptan esa responsabilidad, es plantar en los campos de la justicia un espantajo que no ahuyentará a los pajarracos que se ciernen sobre él. El bolchevismo, así en globo, como lo ha propinado el señor Aguiló, no será, para los que están en el secreto, tomado en serio. Saben los señores del margen y desgraciadamente nosotros también, que el pertenecer a un sindicato de oficio no implica la posesión de aspiraciones ideológicas. Se es sindicado por puro materialismo, por coerción, o por que sí, que es la suprema razón de las multitudes; y es por esto que el porcentaje de los obreros sindicados que carecen de idealidad es enorme. Una federación como la regional, puede ser una fuerza arrolladora en un momento dado; pero esto sin llamarse bolchevista, como ha pretendido que lo fuera el señor Aguiló.

Y ahora cuatro palabras para los compañeros de *Soli*:

No veáis en estas palabras aún de mortificaros. Por muchas simpatías que sintáis por el movimiento ruso no debéis afirmar o dejar que otros lo afirmen por vosotros, que todos los federados de la Regional son vuestros aliados. Conformaos, ya que no puede ser de otro modo, con que en las luchas económicas marchen todos los sindicatos al unísono; procurad que la calidad corresponda a la cantidad, y sólo entonces podréis decir que de lo hecho por una pequeña fracción responde una numerosa colectividad. Harto tenemos con que a las multitudes dirigibles las calificuen de esto, de lo otro y de lo de más allá sus respectivos directores; y mejor que *epalar* a los plácidos burgueses con esa cifra fabulosa de 75.000 bolchevistas, será pensar en hacer conciencia; lo contrario, será hacer el papel de *coco* social con el mote de moda; y no será precisamente poniéndonos motes, cuyo significado no entendemos muchas veces, como llegaremos a la deseada emancipación.

JUANONUS

¿Comunismo o Individualismo?

El anarquismo no está ya en su infancia y tal vez haya llegado el momento de que nos preguntemos, por qué a pesar de toda la energía aportada a su propaganda no se extiende con mayor rapidez. Aún allí donde la actividad local es de las más intensas, los resultados obtenidos son muy limitados. Y hay numerosos ambientes que no han sido alcanzados por la propaganda anarquista. Discutiendo este punto, dejo a un lado la cuestión del sindicalismo; lo cierto es que ha acaparado de tal modo la actividad y la simpatía de los anarquistas que no se le puede considerar benéfico al progreso de su causa, dicho sea esto haciendo abstracción de sus demás méritos. Tampoco vengo a reeditar una vez más lo que propuse para acrecentar la actividad de los anarquistas. No habiendo sido seguidos mis consejos, no se puede, en todo caso, reprocharles que han dificultado la marcha de nuestras ideas.

Me atrederé, pues, únicamente a las teorías anarquistas. Hace tiempo que me viene llamando la atención el contraste existente entre la amplitud de los objetivos del anarquismo—la mayor realización posible de libertad y de bienestar para todos—y la estrechez del programa económico del anarquismo individualista o comunista. Estoy inclinado a creer que la debilidad de base económica—exclusivamente comunista o individualista, según la escuela,—debilidad de la que se tiene conciencia, es lo que impide a los hombres que tengan prácticamente confianza en el anarquismo, cuyas aspiraciones generales aparecen a tan gran número de hombres como un ideal magnífico. En lo que me concierne, siento muy bien que si el uno o el otro fuese la única forma económica de una sociedad, ni el Comunismo ni el individualismo realizarían la libertad, puesto que para manifestarse ésta exige una elección de medios, una pluralidad de posibilidades. No ignoro que los comunistas, cuando se insiste sobre esto, afirman que ellos no pondrán nunca obstáculo a los individualistas que deseen vivir a su modo y que no crearán nuevas autoridades o nuevos monopolios. Y viceversa. Pero esta afirmación no se hace nunca francamente, amigablemente, pues ambas escuelas están bien persuadidas de que no es posible la libertad sino a condición de que se realice su plan. Admito buenamente que hay comunistas e individualistas a los cuales sus respectivas doctrinas, y únicamente éstas, les procuran una satisfacción absoluta y una solución a todos los problemas, según ellos dicen.

Estos, claro está, no quebrantarán su fidelidad a un ideal económico único. Sería de desear que no consideren los demás ideales como calcados sobre su patrón y dispuestos a secundar sus miras o como irreconciliables adversarios indignos de simpatía. Que echen un vistazo a la vida real, soportable únicamente porque esta es variada y diferenciada, a pesar de toda la uniformidad oficial.

Todos podemos ver las supervivencias del comunismo primitivo en los múltiples aspectos de la solidaridad actual, solidaridad de donde es posible que surjan y evolucionen las nuevas formas de un comunismo futuro, y esto aún bajo las garras del individualismo capitalista dominante. Pero este miserable individualismo burgués, si bien crea la aspiración a una solidaridad que nos lleve al comunismo, crea asimismo la aspiración hacia un individualismo verdadero, libre, desinteresado, donde la libertad de acción no serviría a más para aplastar a los débiles o para la creación de monopolios.

El comunismo y el individualismo no desaparecerán. Si, por alguna acción de la masa se establecieran los fundamentos de un comunismo grosero, el individualismo se afirmaría cada vez más para oponerse. Cada vez que prevaleza un sistema uniforme, los anarquistas que amen sus ideas se colocarán al margen de él. Jamás se resignarán al papel de partidarios fosilizados de un régimen, aunque fuese el del más puro comunismo. ¿Pero los anarquistas serán siempre unos descontentos, estarán siempre en lucha, jamás tranquilos? Pueden moverse cómodamente en un ambiente donde todas las posibilidades económicas encuentren plena ocasión de desarrollarse. Su energía podrá entonces consagrarse a una emulación pacífica y no ya a una batalla y a una demolición continuas. Este deseable estado de cosas podría prepararse desde ahora si se admitiera lealmente entre los anarquistas que individualismo y comunismo son igualmente importantes y permanentes, y que el exclusivo predominio de uno sería la mayor desgracia que podría caberle a la humanidad.

Cuando nos cansamos del aislamiento, buscamos un refugio en la solidaridad. Hastiados de una sociedad demasiado numerosa, buscamos un refugio en el aislamiento. La solidaridad y el aislamiento nos son, en un dado momento, liberación